

BLOC DE NOTAS

La espía que amó a Philby

Barbara Honigmann desentraña en *Un capítulo de mi vida* la relación que mantuvo su madre con *el tercer hombre*

LUIS M. ALONSO

No hay mejor material para contar que la vida, si es que se deja. Basándose en su madre, **Barbara Honigmann**, sobria, poética y conmovedora, ha escrito la increíble historia de una mujer extraordinaria en la Europa de las guerras y las dictaduras. **Un capítulo de mi vida** fue precisamente cómo la madre, **Litzy**, con una subestimación algo enfática, llamó el capítulo más sensible de su existencia, el matrimonio con el famoso *tercer hombre* **Kim Philby**, quien trabajó como agente soviético en Inglaterra y más tarde huyó a Moscú entre muestras de perplejidad y de excitación: nada menos que un agente doble, un caballero inglés hijo de la *upperclass* trabajando para el KGB.

De **Alice Kohlmann**, más conocida como **Litzy Friedmann**, se dice que tuvo más personalidades que maridos. Prosoviética y a la vez admiradora de Inglaterra, traicionó al país que la acogió y que amaba, pero cuando pudo hacerlo jamás entregó al superespía británico que cruzó el telón de acero. Era una vienesa bonita de pelo oscuro, originaria de Hungría y ferviente procomunista. Él, Philby, un joven graduado de Cambridge, recién llegado a Viena y ansioso por hacer la revolución. En 1933, Litzy y Kim, que se harían famosos como la espía glamurosa de la era de la Guerra Fría y el notorio *tercer hombre* en el caso de **Burgess y Maclean**, se enamoraron.

La hija de Kohlmann revela en el libro sobre su madre detalles de la extraordinaria carrera de Philby en la década de 1930 mientras trabajaba de manera encubierta para el KGB. Pero cuando *el tercer hombre* llegó a Viena en el otoño de 1933, era ya un marxista convencido. Había viajado a Austria para ayudar a la causa roja en un momento en que los enfrentamientos entre sindicalistas y el Gobierno estaban a punto de provocar una guerra civil. En una reunión secreta de los comunistas, conoció a Litzy Kohlmann, judía y austriaca, divorciada de 23 años. Philby le pareció un hombre muy atractivo que se comportaba como un caballero. “Una combinación de gentleman y marxista, una rareza”, contó a su hija. “Tartamudeaba, a veces más a ve-



ces menos, y como muchas personas con un hándicap, era muy agradable. Nos enamoramos enseguida” (pag. 69). En los caóticos meses que siguieron, la pareja ayudó a ocultar a comunistas húngaros y austriacos. Finalmente, cuando el levantamiento cesó, huyeron a Inglaterra. Se casaron en febrero de 1934. No está claro si la orden de matrimonio vino de Moscú, pero hay pocas dudas de que Kohlmann se hallaba ya en esta etapa trabajando también como espía rusa, y que su matrimonio con Philby quedó incorporado a su expediente X. Vivieron en Hampstead y Maida Vale mientras Philby intentaba infiltrarse sin éxito en el Ministerio de Asuntos Exteriores.

La elección poco ortodoxa de la novia había consternado a la familia del agente doble que no podía soportar a Kohlmann: su hijo único se había casado con una judía comunista de Viena. Tras divorciarse de ella contrajo matrimonio unas cuantas veces más. Barbara Honigmann cuenta cómo su madre vivió muy pronto en París con un amante, se casó luego con su padre y más tarde mantuvo una relación con el tío **Wito**, tras la guerra, en una casa habitada por mujeres. Los amores y las separaciones, como cuenta su hija, jamás le sentaron bien a Litzy con la excepción de la de su padre que siguió siendo amigo quizás porque nunca estuvo condicionada por la pasión. La prueba es Kim Philby. Perdió el contacto con ella y cuando se largó a Rusia no hizo ningún esfuerzo por comunicarse. Eso, al parecer, le dolió mucho. En 1984, con motivo de una visita a Berlín Este, estuvo a punto de llamarla según contó más tarde, pero no se atrevió; tampoco imaginó que estaría divorciada. Como escribió Honigmann, desconocía también que justo entonces acababa de regresar a Viena, donde había comenzado la historia entre ellos. “Philby llevaba ya dos décadas viviendo en Moscú cuando Litzy se marchó al Oeste; él lo habría visto como una especie de desertión” (pags.75 y 76)

Un capítulo de mi vida cuenta muchas cosas en pocas páginas, pero hay una que la autora destila con gran solvencia: la difícil relación entre lo público y lo íntimo, la ideología y el amor. Quince años después del libro sobre su madre, Barbara Honigmann publicó otro sobre su padre, **Georg**, un periodista alemán judío, luego ciudadano de la RDA. Georg Honigmann había emigrado a Londres en 1933, tras la ascensión nacionalsocialista y vivió allí hasta el final de la guerra. Regresó a Berlín y se instaló en el sector soviético donde nació su hija en 1949. “Mi padre siempre se casó con mujeres de treinta años. Sólo él se hizo mayor”, contó acostumbrada a ver desfilar por delante de sus narices a las parejas de sus progenitores. Un buen libro de memorias.



Un capítulo de mi vida

Barbara Honigmann

Errata Naturae, 2019, 168 páginas, 17 euros

TINTA FRESCA

Todo listo para el escalofrío

Félix J. Palma demuestra en “El abrazo del monstruo” cómo tener en vilo al lector de principio a fin

TINO PERTIERRA

Félix J. Palma domina el arte del escalofrío. Maneja con maestría los ritmos precisos que exige el innegociable compromiso de mantener en vilo a los lectores de principio a fin. Y **El abrazo del monstruo** es la última demostración de ese don tan asociado a grandes como Stephen King.

Vayamos por partes. ¿El abrazo le llegó o le buscó? “Una mezcla de ambos. Hay un juego que se usa mucho en los talleres literarios para vencer el bloqueo creativo que consiste en preguntarse: ‘¿Qué pasaría si...?’. Y en esos puntos suspensivos puedes poner cualquier cosa que se te ocurra, como por ejemplo: ¿Y si un escritor escribe una novela sobre un terrible psicópata con un malvado plan, que al final no puede completar porque la policía se lo impide, y escapa de su novela para terminarlo en la realidad, con el autor como víctima? Esa pregunta la fui perfeccionando, hasta dar con la semilla germinal de la novela”.

Un thriller con toques fantásticos. ¿O bien un relato fantástico con toques de thriller? “Lo primero. De hecho, si no fuera por esas pinceladas fantásticas no la habría escrito. Creo que soy incapaz de escribir algo que no tenga ese componente, aunque sea en pocas dosis, como es el caso”.

La novela tiene más de 700 páginas. Casi nada. Se podría pensar que esas dimensiones impiden renunciar a la precisión. O tal vez no... “En mi caso la precisión es fundamental. Reconozco que en alguna novela me he dejado arrastrar por el torrente narrativo, pero creo que en **El abrazo del monstruo** no sobra nada, pese a sus más de setecientas páginas. Aunque es solo una opinión, y además, la del autor. Habrá que escuchar a los lectores”.

Leyendo la novela viene a la mente su traslado al cine. ¿Sería, al margen del “parentesco”, un director adecuado Brian de Palma (“Vestida para matar”, “Carrie”) para su historia? “Sí, o Shyamalan, aunque no haya parentesco alguno. Ambos podrían sacarle mucho partido a la novela, incluso perfeccionarla”. Los lectores del género se quejan de que la búsqueda de giros inesperados se ha convertido en algo previsible. Lo comparte: “Me temo que sí. Algunos giros, de tan usados, ya se han vuelto clichés. Por eso, quienes recurrimos a las vueltas de tuerca tenemos que convertirnos en verdaderos malabaristas de las tramas. A mí me encanta engañar al lector, pero no a cualquier precio. Hay que engañarlo honestamente, sin sacarnos conejos de la chistera en el último momento. En definitiva, hay que respetar su inteligencia, y aún así, tratar de engañarlo”. Por cierto, ¿el monstruo nace o se hace? “Ambas cosas: puede hacerse en las condiciones favorables, o se puede nacer con el alma ya anegada de maldad. Si te das cuenta, en mi novela hay dos monstruos: uno de ellos es producto de sus circunstancias, y el otro lo es por defecto”.



El abrazo del monstruo

Félix J. Palma

Destino, 736 páginas, 21, 90 euros,